

José Rafael Roca

Hace dos semanas tuve con Rafael una larga conversación, sin prisas. Ambos nos confesábamos desde dentro, desde nuestras historias personales, desde nuestras identidades de Fe y Alegría.

Dentro del desorden de la informalidad de nuestra conversación, creo poder rescatar dos temas nucleares: 1) la transitoriedad de nuestras responsabilidades directivas en un movimiento como Fe y Alegría y 2) el trabajo conjunto como jesuitas y laicos.

En relación con el primer punto, nos reímos de una vieja anécdota: una recepcionista de Fe y Alegría, nueva en el cargo, hizo esperar en larga antesala, al anterior Director a quien ella no conocía...

En un movimiento con la fuerza interior de Fe y Alegría, los líderes pasan, el movimiento se renueva. Y el reconocimiento..., sí, el reconocimiento es una deuda... pero una deuda que se paga, en todo caso, con una moneda más devaluada que nuestro pobre bolívar. Lo que no se devalúa es la vida que se ha producido.

Tenemos un ejemplo impresionante en el mismo Padre Vélaz. Su temperamento apasionado tendía a no dejar pasar un detalle, y a sentirse personalmente imprescindible. Sin embargo, en los últimos nueve años de su vida se retiró a Mérida. Pero eso sí, no fue el retiro de un buey cansado. Realizó en esos años dos de sus obras más paradigmáticas: San Javier del Valle Grande y San Ignacio del Masparro.

Se retiró de la Dirección para **dejar a Fe y Alegría ser Fe y Alegría sin él**. Siempre se mantuvo fiel a su intuición originaria de que la autonomía es –son sus mismas palabras– **“la mayor fortaleza de la identidad de nuestro Movimiento”**.

Y el segundo tema de esa conversación con Rafael fue la cooperación de jesuitas y laicos.

Es posible que todavía se den entre nosotros, en nuestras estructuras organizativas, en las tentaciones propias de las dinámicas del poder, algunas lógicas como las de los hijos del dueño, por un lado, y la de los colaboradores contratados, por el otro. Pero es indudable que en nuestra Venezuela, en los últimos años, entre jesuitas y laicos, se ha ido dando un notable crecimiento en la unidad como hecho sociológico y como hecho teológico. Esto se da por el crecimiento en la identidad y en la espiritualidad, que nos lleva a sustituir la lógica del poder con la lógica de la autoridad.

La vida de Roca es, probablemente, la mejor expresión de lo que el Espíritu de Dios está haciendo entre nosotros, en Fe y Alegría, y en otras obras que llamamos

jesuíticas. Hay muchas maneras de ser jesuita o ignaciano –el nombre es lo de menos–. Se es jesuita con votos; y se es jesuita sin votos; con el SJ detrás de nuestro nombre o sin el SJ. ¡Gracias, Rafael, porque así nos lo enseñó tu vida!

La semana pasada, en San Javier del Valle de Mérida, ante la familiar cascada en continua oración, el Provincial Arturo me interpeló –no sin razón–: *¿por qué no se les ocurrió solicitar “carta de hermandad”*, que la Compañía otorga en algunos casos, *para José Rafael Roca?*

La Iglesia, en la sabiduría de su liturgia, despide al difunto, al que ha cumplido con su vida –eso significa difunto–, la antífona *In paradisum deducant te angeli*, que dice algo así como que *salgan a recibirte coros de ángeles y que te lleven al paraíso*.

Rafael, siento que aquí, y en toda Venezuela, revolotean miles de ángeles; hoy los ángeles andan con las franelas blancas de Fe y Alegría, y te acompañan a la vida verdadera.

Gracias, Rafael.
Joseba Lazcano
Colegio San Ignacio